

En la noche del 12 de diciembre embarcáronse las tropas con el mayor silencio y se dirigieron en dos divisiones al punto conocido ahora con el nombre de *Ensenada de Wolfe*, donde había un precipicio tan profundo que aun el mismo general dudó fuera posible escalarlo. Sin embargo, los Highlanders (montañeses) de Fraser, agarrándose á los troncos y las matas que allí crecían, pronto alcanzaron la cúspide, y al poco tiempo consiguieron que subieran todas las tropas y ocuparan en buen orden una extensa plataforma. Asombrado Montcalm ante la inesperada presencia del enemigo en aquel sitio, comprendió al momento que si no se conseguía arrojarse los ingleses de semejante posición, Quebec estaba perdido, y en la esperanza de que no habrían llegado aun todas sus fuerzas, lanzóse al ataque con 1,500 hombres de infantería ligera y una partida de indios, que se batieron al fuego cubriéndose de árboles y rocas. Pero los ingleses no quisieron perder la ocasión, y al amanecer se adelantaron á la batalla con las tropas, que ya iban á ser atacadas por el enemigo, con el mejor orden, y cuando cesaron solo á cuarenta varas de distancia, empezó el fuego en toda la línea, al que siguió una brillante carga á la bayoneta. La descarga fué decisiva: Wolfe y Montcalm cayeron á la vez heridos de muerte, y el fuego llegó á ser horroroso, pero al fin los franceses retrocedieron, y los intrépidos Highlanders acabaron de completar la victoria. Al caer Wolfe mortalmente herido, exclamó:—«¡Sostenedme! no quiero que me vean caer más valientes soldados!» Habiéndole conducido á cierta distancia, y como oírse que gritaban:—«¡Ya huyen! ¡ya huyen!» preguntó que quién huía, y al decirle que el enemigo, dió aun algunas órdenes con voz breve, y espiró exclamando:

—«Alabado sea Dios; ahora muero feliz.» No podemos menos de reproducir aquí las palabras del general Townshend respecto á su herido amigo (*), cuya pérdida acibaró la alegría que causara tan brillante victoria. —«No me avergüenzo al confesares que mi corazón no participa del contento general ni me embriaga tampoco el triunfo de nuestras armas, pues si es cierto que solo tengo que llorar la muerte de un amigo como el general Wolfe, la patria en cambio tiene que lamentar la pérdida del más firme sostén de sus honores y gloria. Si el mundo comprendiese cuán cara nos cuesta la toma de Quebec, acaso fuera el sentimiento mayor que la alegría. Nuestro único consuelo es pensar que la Providencia no le destinaba á vivir mucho tiempo, pues su constitución era muy débil, y estaba además resuelto á lanzarse en las batallas y acometer empresas que le hubieran inmortalizado (**).»

Apenas terminada la batalla, el general De Bougainville con la retaguardia, pero al saber el éxito de aquella, se retiró apresuradamente. El día 18 obtuvo la plaza una honrosa capitulación, según la cual los franceses serian enviados á su país en vez de quedar prisioneros.

Sin embargo, el Canadá no estaba condenado aun, y como, á causa del invierno, no se podía avanzar, Amherst y Johnson enviaron al general Lovi,

(*) El cadáver de Wolfe fué enterrado en un sepulchro, donde se le dió sepultura, en el sitio de la batalla, y su memoria es honrada en la Abadía de Westminster, en Londres, donde indica el sitio donde cayó, en la batalla de Quebec, y en la parte más elevada de la montaña, se levanta luego una pirámide en la que se grabaron los nombres de WOLFE Y MONTCALM, y que á veces destinaron á perpetuar la memoria de aquellos héroes de la guerra que murieron cubiertos de gloria.



HISTORIA DE LOS ESTADOS-UNIDOS. P. 15.

MUERTE DEL GENERAL WOLFE.

que habia reunido en Montreal unos 10,000 hombres, concebió el designio de recuperar á Quebec antes de que la plaza recibiese socorro por tierra ó mar. Animado, pues, del deseo de dar un golpe de mano, desembarcó sus tropas el dia 27 de abril de 1760, y avanzó hasta las Alturas de Abraham, disponiéndose á sitiar la plaza en regla. El general

1760. Murray, encargado de la custodia de Quebec, contaba en un principio con una guarnicion de 6,000 hombres, pero habiendo quedado estos reducidos á la mitad á consecuencia de las enfermedades, y conociendo aquel oficial que tan escasas fuerzas no eran suficientes para sostener el sitio, hizo una salida y atacó al enemigo en Sillery el dia 28 de abril. A pesar de la intrepidez de sus soldados, que se batieron como leones, Murray sufrió una completa derrota, experimentando grandes pérdidas; mas si en este caso pudo culpársele de haber obrado con harta ligereza, debió dispensársele por la actividad que desplegó luego para poner á Quebec en estado de defensa y por haber conservado la ciudad hasta el 15 de mayo, en que llegó el almirante Swanton con su flota é hizo levantar el sitio al enemigo.

El ejército francés se reconcentró entonces en Montreal, donde el marqués de Vaudreuil intentó hacerse fuerte, pero viéndose rodeado por las tropas del general Amherst y por las que llegaron de Quebec y de Niágara, tuvo que capitular el dia 8 de setiembre de 1760, habiendo obtenido por condicion que no se maltratara á los habitantes, que se les permitiera observar su culto y que se respetara la propiedad de las comunidades religiosas. De este modo quedó en poder de los vencedores la ciudad de Montreal y todo el Canadá.

«Así terminó, dice Mr. Irving, la lucha entre Francia é Inglaterra que tanto tiempo se habian disputado el predominio, siendo de

notar que el primer tiro se disparó en el encuentro que tuvo Washington con De Jumonville. Un diplomático francés (el conde de Vergennes) se consolaba de 1759. aquellas derrotas por creer que el triunfo de Inglaterra le seria fatal, puesto que con él perderia el dominio que siempre tuvo sobre sus colonias, las cuales, no necesitando ya la proteccion de la madre patria, *se proclamarían independientes* (*) tan pronto como esta exigiese que aquellas le ayudaran á sobrellevar su pesada carga. Este era tambien el parecer de Montcalm en algunos puntos, y son dignas de citarse sus palabras al hablar sobre esta cuestion, pues creemos no dejaba de ser una persona entendida en la materia. «Las colonias han tenido la fortuna de llegar á una situacion floreciente, pues son numerosas y ricas, y contienen en su seno todo cuanto pueda exigirse para las necesidades de la vida. Inglaterra ha cometido la torpeza de permitir que se establezcan allí las artes, la industria y el comercio, lo cual era romper la cadena de necesidades que obligaba á las colonias á depender de la Gran Bretaña; y si no fuera por el temor de que los franceses se presentasen á sus puertas, hace tiempo que aquellas hubieran sacudido el yugo, proclamándose independientes y formando cada provincia una república separada. De todos modos, los colonos preferirian mas bien á sus paisanos que á los estraños, siguiendo, sin embargo, la máxima de no obedecer ciegamente. Una vez conquistado el Canadá, y cuando todas las colonias formen un solo pueblo, si la vieja Inglaterra llegara á perjudicar sus intereses, ¿creeis, amigo mio, que los americanos lo consentirian? Y en el caso de una revolucion, ¿qué podrian temer?»

Washington es una parte tan esencial de

(*) *Vida de Washington*, vol. I, pág. 308.